

Una vez más la Junta de Extremadura reitera su voluntad y apuesta por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza.

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que "lo importante es llegar todos juntos".

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Agricultura y Medio Ambiente ha realizado la edición de los cuentos ganadores en el V Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente cuenta".

Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

JUNTA DE EXTREMADURA



# El bosque que nos enseñó a cantar

Juan Ángel Parejo Sosa



**Juan Ángel Parejo Sosa**

Nace en Guareña (Badajoz) en 1965. Desde 1989 trabaja como maestro atendiendo a alumnos con necesidades educativas especiales.

En 1994 su cuento "Una melodía para la luna" forma parte de la antología de relatos infantiles de diversos autores extremeños contemporáneos, publicada por la Diputación de Badajoz bajo el título "Cuentos extremeños de hoy".

Esta es, pues, la segunda ocasión en la cual su obra literaria, centrada casi exclusivamente en el mundo infantil y juvenil y a la que dedica casi todo su tiempo libre, ve la luz.

**EL BOSQUE QUE  
NOS ENSEÑÓ A CANTAR**

**Juan Ángel Parejo Sosa**

Ilustraciones:

Pura Martínez Llarena



© De esta edición:

**JUNTA DE EXTREMADURA**  
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

© Juan Ángel Parejo Sosa

© Ilustraciones: Pura Martínez Llarena

ISBN:  
84-8107-045-9

Depósito Legal:  
BA-670 /Noviembre 2002

Publicaciones de la  
Secretaría General  
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente  
Avenida de Portugal s/n.- 06800 MÉRIDA  
<http://www.juntaex.es>

**Juan Ángel Parejo Sosa**

# **EL BOSQUE QUE NOS ENSEÑÓ A CANTAR**



*Dirección General de Medio Ambiente*

Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

**É**sta que os voy a contar es la historia del viejo Zacarías... y sucedió hace muchos, muchos, muchísimos años...

–¿Y quién fue ese señor? –os preguntaréis vosotros–.

Pues bien, ¡atended!

Zacarías fue uno de los mejores músicos de todos los tiempos. A lo largo de su vida consiguió tocar en las más prestigiosas salas de conciertos de todo el mundo; sus melodías lograron recorrer la tierra en todas direcciones, obteniendo muchos y muy importantes premios. ¡La música representaba para él toda su vida!

Todos los veranos, después de cada larga y agotadora temporada de trabajar sin parar, Zacarías regresaba a su pueblo cada vez más cansado, pero eso sí, cada vez más orgulloso de su música y, sobre todo, de los éxitos y el reconocimiento que ésta le reportaba.

Para él, el secreto de sus logros residía en el bosque cercano a la pequeña localidad que le vio nacer. Un lugar que conocía a la perfección, pues desde su infancia lo había recorrido más de un millón de veces. Desde niño el bosque se convirtió en su más apreciado refugio. Costumbre que persistió en él incluso después de alcanzar gran notoriedad en su profesión de violinista, donde continuaba escondiéndose a la menor ocasión que se le presentaba.





Allí llenaba sus pulmones de aire fresco y limpio, vaciaba su mente, saturada de pentagramas, compases, notas musicales..., liberaba su cuerpo de viajes, hoteles, cambios horarios..., pero ante todo, acudía al bosque para aprender.

Con una absoluta sencillez sabía extraer de la naturaleza lo mejor de sí misma. Le bastaba tumbarse en cualquier agradable lugar y permanecer en silencio escuchando el rumor de las aguas de sus charcas, el murmullo de la brisa sobre las ramas de los árboles, la bella armonía de las flores silvestres al abrir sus pétalos de colores, las alegres y alborotadoras risas de los animales, el canto de los pájaros que con sus trinos y gorgoritos se disputaban la hegemonía del aire del bosque. Incluso era capaz de percibir los cánticos que ayudaban a las laboriosas hormigas a afanarse en su trabajo para recolectar metódica y escrupulosamente su comida para el frío invierno.

Después, embriagado por la infinitud de sonidos, regresaba al estudio de su casa donde poco trabajo le costaba rellenar cuartillas y cuartillas abarrotadas de pentagramas, notas y signos musicales.

Composiciones con las que se aseguraba nuevos triunfos y celebridad.

Pero sería a principios de uno de sus últimos veranos cuando todo esto iba a verse alterado. Fue como si aquellos desdichados días hubiesen venido marcados por un ritmo frenético, por un compás demasiado agitado que daba origen a pentagramas pletóricos en los que las notas se agolpaban unas sobre otras, como si obligaran a los instrumentos de una orquesta a sonar todos a la vez "sin orden ni concierto".

-¡Debe tratarse de algo muy importante! -le dijo el cartero- porque este telegrama trae el Sello Real.

¡En efecto! ¡Así era! En pocas palabras os cuento lo que decía: Pedía al viejo músico que preparara un concierto, el cual sería ofrecido en los salones del palacio para festejar el matrimonio del príncipe con una bellísima princesa extranjera.



Al instante, Zacarías pensó en la gran oportunidad que se le presentaba. Si el concierto resultaba un éxito sería la culminación definitiva de su carrera.

Entonces se dio cuenta del poco tiempo que le quedaba para prepararlo todo. ¡Un año! ¡Tan sólo un año restaba para el feliz acontecimiento!

Estaba decidido a componer una nueva melodía, y como no podía ser de otra forma, en esta ocasión sería perfecta, única e insuperable.

Pero de pronto algo le sobresaltó. El detalle más importante había sido olvidado: ¡El instrumento! ¡Sí!... porque para un concierto tan especial necesitaba el mejor violín del mundo.

Durante toda la tarde estuvo paseando de un lado para otro de la casa intentando encontrar una rápida solución. ¡Necesitaba averiguar con urgencia cómo conseguir un violín de cuyas cuerdas salieran las notas más puras y precisas!

De repente, Zacarías encontró la solución. Sin perder un instante, pues entre otras cosas no tenía tiempo para ello, escribió una urgente carta dirigida a uno de los más prestigiosos talleres violeros de la italiana ciudad de Cremona.

Dos semanas después, Don Árrigo Macri, de cuyas habilidades se decía que cuando trabajaba la madera sus manos apenas la tocaban, acariciándola suavemente y sólo lo imprescindible para dar forma a su obra, se presentaba ante el impaciente músico.

Para todos los entendidos este anciano cremonés era el más exigente violero de toda Europa.

—No tiene usted de qué preocuparse—dijo D. Árrigo Macri después de oír toda la historia—. Mañana mismo iré al bosque al amanecer para escoger los mejores árboles con los que fabricar su violín. Le prometo que tendrá el más selecto instrumento con el que jamás haya podido soñar.





Para asegurarse, el músico decidió acompañarle, pues no deseaba que el artesano pudiera engañarle, ni tampoco que llegara a equivocarse en la selección de las maderas.

Casi era ya mediodía cuando por fin el artesano pareció haber encontrado el árbol adecuado.

–¡Este es el único que puede servirnos! –dijo satisfecho D. Árrigo Macri, señalando un hermoso abeto.

–¿Y por qué no ese otro que está a su lado? –preguntó Zacarías.

–¡No puede ser! –respondieron entonces los leñadores que les acompañaban–. ¡Es una especie de abeto muy rara! Ni en todo el bosque, ni en todo el país hay otro igual. Además, según la “Ley de los Bosques” no se pueden talar los árboles más viejos, porque en ellos viven los gnomos, unos seres pequeños y afables que se encargan de cuidar y conservar los más bellos entornos naturales. ¡Jamás obtendría usted el permiso para cortarlo!

Sin embargo, para Zacarías todo esto que acababa de oír no eran más que bobadas y estupideces.

–¿La ley de los bosques...? ¿Gnomos...? –se preguntaba muy enfadado–. ¿Qué ley es esa? ¿Cómo es posible que la gente pueda creer semejantes cosas?

–¡No se preocupe, señor! –indicó D. Árrigo Macri–. ¡Estoy convencido que el abeto que yo he señalado cubre todas mis exigencias!

...¡Claro que D. Árrigo no contó con las exigencias del viejo Zacarías!

–¡Pues usted verá ahora qué hacemos! –le dijo éste al artesano con enorme enfado.

Por supuesto que tan sólo les quedó seguir buscando nuevos abetos que reunieran las características más adecuadas. Pero una vez talados y extraídos sus corazones, en todos ellos Zacarías observaba algún defecto.





A esta frenética y agotadora jornada le siguió otra, y tras ésta, otras muchas. Tantas que los leñadores empezaron a ponerse muy nerviosos. En quince días habían talado una gran cantidad de árboles, buscando no sabían muy bien qué.

Pero el músico Zacarías persistía, con una tenacidad imperturbable, en su empeño por conseguir el mejor violín que jamás hubiese podido fabricarse.

Por ello, cada vez estaba más convencido que la mejor madera para su violín se hallaba bajo la corteza del viejo abeto. Así, en un momento de furia, Zacarías explotó, no pudiendo contenerse más.

–¡Está bien! –gritó–. ¿Y por qué no puedo talar ese viejo e inútil árbol? Además ¿para qué puede ya servir?

Con estas palabras, los leñadores quedaron aterrados.

–¡Señor, ya se lo hemos explicado! ¡Es por... por...! –intentaron responderle, pero el miedo que les producía el enérgico carácter de Zacarías parecía hacerles tragar sus propias palabras.

Fuera de sí, el músico se dirigió al Ayuntamiento. La verdad es que no le importaba en absoluto obtener o no el debido permiso de las autoridades para derribar el gigantesco y ancestral abeto, como tampoco le había importado talar la inmensa mayoría de los árboles.

Lo único que pretendía era dejar claro que si la naturaleza pertenecía a todos ¿por qué no iba él a tomar aquello que en justicia le correspondía y que además le resultaba absolutamente necesario?

Por otra parte, ¿acaso el bosque no le había dado hasta ese momento cuanto necesitaba para triunfar? ¿Por qué entonces se iba a negar justamente ahora a darle lo que le estaba pidiendo, sabiendo que con ello se convertiría por fin en el más célebre y prestigioso violinista de todos los tiempos?

Por último, estaba convencido que con su música sabría recompensar con creces a todos, incluso a la propia naturaleza.

Así fue cómo, a la mañana siguiente se plantó ante el centenario abeto dispuesto a cumplir sus sueños para siempre.

Pero los leñadores se resistían a seguir sus órdenes.

–¡Señor! –dijo uno de ellos–. ¡Ésto que usted nos pide no podemos hacerlo! ¿Es que acaso no le hemos hablado ya de la Ley de los Bosques? ¿Y de los gnomos...? ¿...Qué nos dice usted de ellos? Porque este es el árbol de mayor edad de todo el bosque y seguro que en sus entrañas viven estos encantadores seres... Ellos cuidan de la naturaleza y de nuestro entorno más cercano.

Al oír nuevamente lo que para él parecía una absurda historia de seres extraños a los que nadie había visto y leyes no escritas, el músico perdió la poca paciencia que aún le quedaba. Lleno de cólera y de rabia, cogió una de las hachas de los leñadores y comenzó a clavarla con fuerza en el tronco del abeto mientras gritaba:

–¡Mirad, fijaos! ¿Acaso se está quejando el árbol? ¿Y esos seres invisibles, por qué no salen de “su casa”? ¿Os dais cuenta cómo no ocurre absolutamente nada? ¡Eso que vosotros decís es tan sólo un cuento para niños!

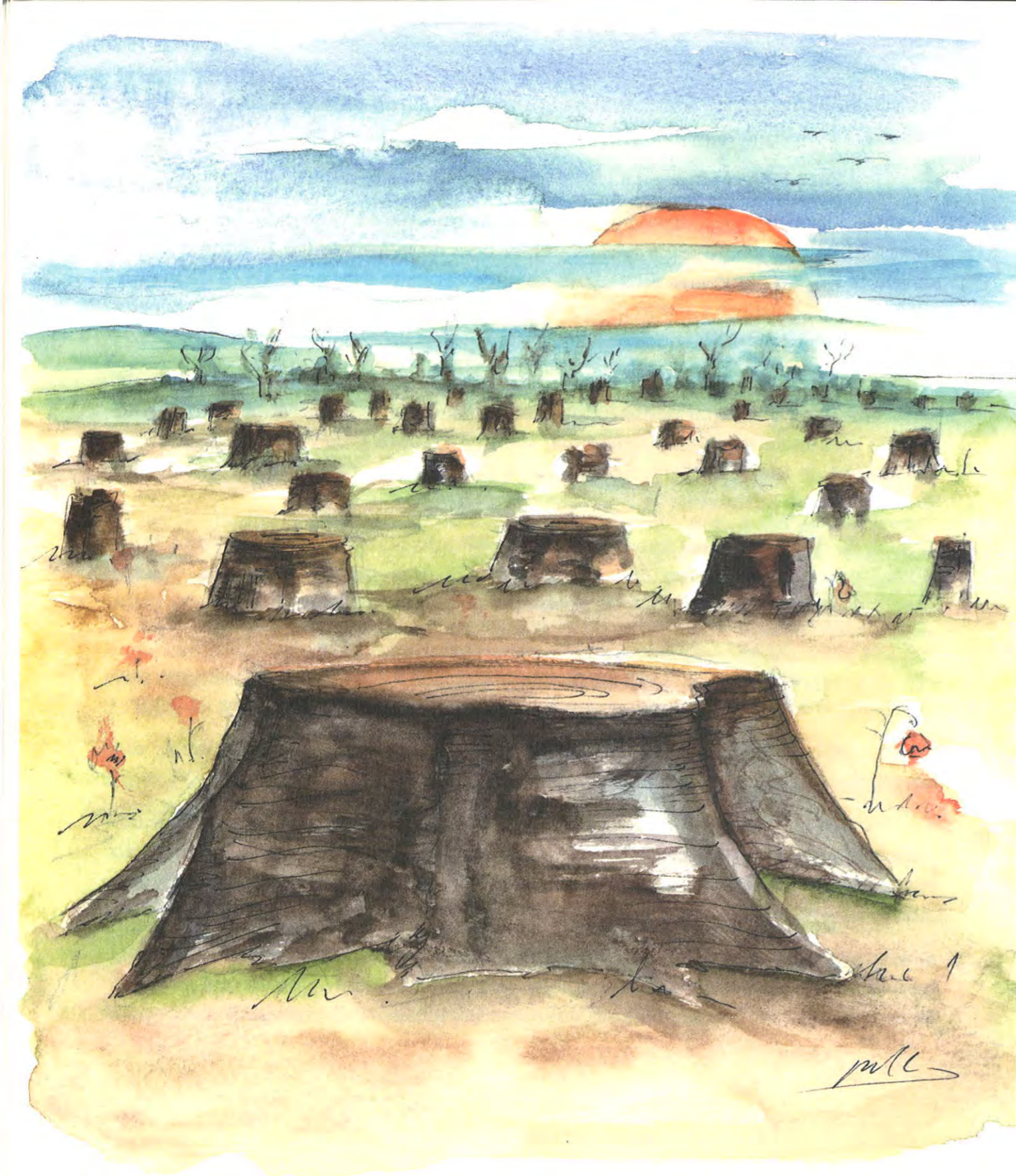
–¡Y ahora!... –prosiguió dirigiéndose a los leñadores–. ¡...Quiero que terminéis vosotros el trabajo, y por favor, apresuraos de una vez por todas!

Después, mientras descansaba tratando de recuperar el aliento, dio las últimas instrucciones sobre lo que debía hacerse.

Sólo cuando el corazón del mayor y más antiguo árbol fue separado para siempre de la tierra sobre la cual orgullosamente se exhibía, se pudo observar el irreparable daño ocasionado al bosque.

En poco más de un mes, todo aquel espacio había quedado reducido a un gris y vacío agujero en medio de un triste e insignificante lugar, no se sabe bien en qué punto concreto del planeta. Los animales de lo que ya era un árido terreno se marchaban en silencio mientras los leñadores lloraban al verles par-





tir, sin comprender cómo era posible un orden tan irracional, tan ilógico de las cosas que llegaba a afectar incluso a la propia naturaleza.

—¡Tal vez deba ser así! —pensaban—. Es posible que algo bello como la música de su paisano Zacarías sólo pudiese salir de algo mucho más hermoso aún.

Se había talado indiscriminadamente tratando de conseguir un pedacito de madera para fabricar un violín cuya caja de resonancia no sobrepasaba los 36 centímetros.

Para su elaboración se iban a utilizar tres tipos diferentes de maderas: arce, abeto y ébano.

Zacarías aseguraba con una rotunda convicción, que con su nuevo instrumento daría al mundo las más maravillosas composiciones y la mejor, la más selecta y exquisita música, al tiempo que prometía que ésta llegaría hasta el rincón más perdido del mundo...

...Pero en el bosque quedaba la agonía, el silencio, la más indescriptible de las melancolías...

Durante tres meses el músico estuvo yendo todas las mañanas al taller habilitado para D. Árrigo Macri para asegurarse que éste trabajaba con mucho esmero y cuidado.

Finalmente, al cabo de todo ese tiempo, ¡EL VIOLÍN ESTABA TERMINADO! Zacarías, muy nervioso y entusiasmado, decidió probarlo allí mismo. ¡Qué bien sonaba!

Al escuchar la música, todo el pueblo se agolpó a las puertas del taller para oír tocar a Zacarías.

El músico, muy satisfecho, se fue rápidamente a su casa. Le quedaba ya poco tiempo para el concierto y necesitaba practicar mucho aún; quería llegar a dominar plenamente “su mágico violín”. Durante toda la tarde estuvo ensayando sin parar, y cada vez su entusiasmo y alegría eran mayores.



Sin embargo, al llegar la noche, algo extraño sucedió: ¡El violín tocaba solo! ¡Sí, el violín sonaba sin que nadie moviera sus cuerdas!

Pero era una música tan agradable que el viejo Zacarías no le concedió demasiada importancia a este extraño suceso. También a todo el pueblo le gustó dormirse esa noche con las suaves notas de aquella melodía.

...Y lo mismo sucedió al día siguiente... y al otro, y al otro, y así hasta que al cabo de una semana los habitantes del pequeño pueblecito empezaban a estar un poco hartos de oír siempre la misma canción.

Después de esta primera semana vino la segunda, y tras ella la tercera semana, y todo seguía igual, es decir, el violín seguía tocando la misma melodía.

Como es lógico, llegó un momento en el que ni el propio músico pudo resistirlo por más tiempo. Una noche, Zacarías se levantó de la cama y echó el violín al fuego de la chimenea. ¡Pero éste no ardía!

Al día siguiente, decidió enterrarlo en el bosque, o mejor dicho, en el estéril terreno en el que quedó convertido y en el que nada tenía vida.

A pesar de ello, al caer la noche, la música del violín volvió a oírse por todo el pueblo.

¡Claro! ¡Cómo no iba a escaparse la música de aquel lugar si en él no quedaba ya nada capaz de atrapar, de retener ni una sola nota musical!

No había brisa que hiciera suyas las melodías para susurrárselas al oído a las copas de los árboles, ni animales para bailarlas, ni flores, que movidas por la curiosidad, exhibiesen sus coloristas pétalos tratando de atrapar el aliento de las canciones. ¡Nada! No había nada porque todo se escapaba en aquel árido paraje.

Enloquecido, Zacarías decidió volver al bosque y, desenterrando el violín, lo rompió golpeándolo contra las rocas.





Cuentan que durante tres años Zacarías fracasó en todos sus conciertos. Abatido, enfermo y artísticamente acabado, regresó para siempre a su pueblo, prometiéndose no volver a tocar nunca más. Se habían terminado para él los conciertos, los aplausos, los premios... ¡Toda la música, lo que desde siempre más había amado, dejó de tener sentido para él!

Haciendo caso a su médico, Zacarías se dedicaba por las tardes a dar largos paseos para intentar calmar sus excitados nervios.

En sus largas caminatas fue comprendiendo, poco a poco, el estado en el que había quedado el bosque. Con la fuerte voluntad que su propio carácter le imprimía, el viejo músico decidió hacerse cargo de aquel desolador terreno.

Aunque su firme determinación, no le impedía llorar, arrojando en sus lágrimas su propia amargura, sin que ello le permitiera liberarse de su angustia interior.

En cierta ocasión, mientras Zacarías estaba atareado intentando arrancar unas malas hierbas, se levantó un viento bastante fuerte. Mientras recogía sus cosas, sus ojos se fijaron de pronto en un pequeño arbolito casi tronchado y muy débil.

Llegados a este punto, los escritores más románticos continúan su relato afirmando que el diminuto abeto fue fruto de las lágrimas del viejo Zacarías. Éstas, vertidas cada día sobre el estéril suelo, se convertían, sin él saberlo, en semillas que al caer la tarde los gnomos se encargaban de recoger y sembrar con inusitado esmero durante la noche.

Ellos fueron los únicos que permanecieron en aquel desolador paraje, lamentando su desgracia, pero a la vez trabajando infatigablemente cada día con la inquebrantable esperanza de recuperar en un futuro, lejano eso sí, su entorno y un ecosistema que les había sido arrebatado, no tanto por la incomprensión, como por la falta de una educación que enseñe, o más bien, recuerde continuamente al hombre el respeto por la naturaleza y por su medio ambiente más próximo.





Sea como fuere, desde ese momento, sería precisamente la mano del hombre, y más en concreto las del viejo Zacarías, quienes se ocuparían de regar y cuidar el frágil arbolito.

Una tarde, mientras paseaba, oyó cantar a un ruiseñor. De repente, él empezó a silbar como si quisiera seguir el dulce canto del pájaro. Poco a poco, una idea, una melodía, comenzó a brotar en su cabeza. Y así estuvo, dándole vueltas a la misma musiquilla hasta que regresó al pueblo.

Aquella noche apenas cenó, yéndose a dormir enseguida, porque se encontraba algo aturdido y cansado. De madrugada, se despertó sobresaltado, buscando con ansiedad varias cuartillas de papel y... dibujando un pentagrama, lo llenó de notas. Cuando terminó había logrado componer una pequeña pero sencilla y alegre melodía.

A la mañana siguiente, fue bien temprano al bosque, sin saber muy bien por qué, pues él sólo acostumbraba a pasear por él por las tardes. Al llegar junto al pequeño abeto, del que tanto se había encariñado, se dio cuenta que a su lado, había una fea y enorme raíz. Tiró con fuerza de ella, y cuando logró arrancarla, ésta resultó ser "UN MAGNÍFICO VIOLÍN".

Quiso probarlo para ver que tal sonaba y tocó la canción que había compuesto la noche anterior.

El pueblo, maravillado al oír aquella preciosa melodía fue a toda prisa hasta el bosque para averiguar qué estaba ocurriendo y quién era el responsable de tan maravillosa música. En ese momento, Zacarías comenzó a darse cuenta: Era la misma composición que tres años atrás, un embrujado violín tocaba sólo por las noches, hasta que él mismo, loco al escuchar siempre las mismas notas, decidió hacer astillas el diabólico instrumento.

Desde entonces, Zacarías volvió a ser el gran violinista de siempre. ¡Mejor aún! Porque ahora tenía el "MEJOR VIOLÍN DEL MUNDO".

## TÍTULOS PUBLICADOS I Certamen 1996

### Primer Premio:

Antonio Gómez Hueso  
*"Negrocarbón y las siete gigantas"*

### Segundo Premio:

María José Guillén Rubio  
*"Avatar"*

### Tercer Premio:

Ramón Garrido García  
*"El árbol que sólo tenía una hoja"*

### Mención Especial:

Andrés Carballo Expósito  
*"La odisea de las hormigas"*

## II Certamen 1997

### Primer Premio:

Andrés Carballo Expósito  
*"La hija del águila"*

### Segundo Premio:

José Antonio Palomo Molano  
*"Un tesoro en la Red"*

### Tercer Premio:

Ignacio del Dedo Rodríguez  
*"Un arca de palabras"*

## III Certamen 1998

### Primer Premio:

Paloma Orozco Amorós  
*"Historias de otra tierra"*

### Segundo Premio:

Mónica de Castro Pardo  
*"...Sólo estrellas"*

### Tercer Premio:

Nieves Fernández Rodríguez  
*"Aladina y la botella maravillosa"*

## IV Certamen 2000

### Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano Boza  
*"A Ignacio ya no le dan miedo los bichos"*

### Segundo Premio:

Ana Galisteo Pérez  
*"El viaje de los animales"*